

Capítulo I

*María Emilia Machao*¹

Escuchando el silencio *Juan (12 años)*

¹ Una versión anterior de este capítulo fue presentada por la autora en septiembre de 2010 como trabajo final del posgrado de CPSEA.

Dirección electrónica: mariae.machao@gmail.com

*No digas nada, no preguntes nada.
Cuando quieras hablar quédate mudo:
Que un silencio sin fin sea tu escudo
y al mismo tiempo tu perfecta espada.*
Francisco Luis Bernárdez²

En las páginas que siguen intento contar algo de lo que fueron casi tres años de tratamiento con un paciente que no hablaba. Quiero detenerme en lo difícil que me resultó trabajar, porque para él la palabra no tenía lugar, o tenía un lugar diferente al que le damos. Con cada paciente crecemos como analistas y como personas. Todos ellos nos enseñan algo; este me enseñó a hablar en silencio, a escuchar en silencio, a esperar...

I. El primer contacto

Cpsea brinda asistencia psicológica a adolescentes y niños albergados en un Hogar Municipal dedicado a la protección de la infancia y adolescencia en riesgo, ubicado en un municipio del conurbano bonaerense. Allí viven niños y adolescentes que, por violencia familiar o vulnerabilidad, son derivados por los juzgados. Algunos llegan recién nacidos, otros pueden permanecer en el Hogar Municipal hasta los 21 años.

El primer contacto entre ambas instituciones se dio entre una coordinadora de allí y nuestro coordinador. Solicitaron tratamiento para varios niños y adolescentes. Dos de ellos eran Juan, de 12 años, y una hermana tres años mayor.

Sabíamos muy poco del Hogar Municipal, eran los prime-

² Fragmento del poema "Silencio", de Francisco Luis Bernárdez; puede encontrárselo en <http://amediavoz.com/bernardez.htm#SILENCIO>

ros pacientes que recibíamos de allí. Por eso, a medida que transcurría el tratamiento, fui conociendo al mismo tiempo a Juan y al Hogar. Me fui dando cuenta también de que el contacto con la institución constituye un punto de suma importancia cuando trabajamos con chicos institucionalizados.

Juan llegó a la primera entrevista acompañado por su hermana y la celadora del Hogar. Su hermana también venía a la primera entrevista con su terapeuta. Inconvenientes de último momento hicieron que yo recibiera a los dos hermanos, mientras el otro terapeuta resolvía una urgencia.

Pasamos los tres a un consultorio, me presenté y les expliqué que en breve se sumaría el otro psicólogo. A poquito de haber comenzado esta primera entrevista, llegó mi colega, ya éramos dos y dos. Juan prácticamente no hablaba, respondía con monosílabos, y lo hacía sólo cuando la pregunta le era dirigida. Se mostró reticente y ya en este primer encuentro dejó claro que estaba allí porque lo mandaban.

2. Un poco de su historia

Juan vive en el Hogar desde que tenía apenas cuatro meses de vida, momento en que él y sus dos hermanos (Diana, de 3 años, y Damián, de cuatro) fueron separados de su mamá.

Con solo cuatro meses, chiquito, necesitado, ya era uno de los actores de una trama siniestra, escalofriante, de la cual conocemos poco, aunque lo suficiente para no querer saber más.

Dicen que la justicia buscaba a la mamá de Juan, sospechada de encubrir a su marido y al jefe de una secta religiosa acusados por el crimen de su tercer hijo, el anterior a Juan. La información es oscura, pero es posible que el pequeño, de algo más de un año, fuera la víctima de un sacrificio siniestro.

Por supuesto, Juan no dice nada de esto; la poca información al respecto me fue aportada por una colega que trabajaba en el Hogar que lo albergaba por entonces.

Vivió cinco meses allí, hasta que una mujer, Alicia, y su hermano, Esteban, tomaron en guarda a los tres hermanitos.

Alicia y Esteban vivían en una casa grande. Alicia trabajaba casi todo el día; Esteban era un hombre separado, con hijos ya grandes, muy cercano al Hogar. Conocía a los niños desde que llegaron allí. Cuando tomaron a los chicos en guarda, Juan estableció un vínculo muy estrecho con Esteban.

Así fue como la vida de Juan y sus hermanos parecía tomar otro rumbo. Se perfilaba una vida más “normal”, viviendo en una casa, con una persona que hacía de mamá –aunque un poco ausente– y una que hacía de papá. Pensaban que estas personas los cuidarían, los acompañarían en su crecimiento, se harían responsables de su educación, velarían por su salud, los querrían.

Todo esto duró cinco años. Alicia, que había formado pareja, casi no vivía en esa casa, y aparentemente Esteban quiso, pero no pudo, sostener la responsabilidad de cuidar a los chicos; llegado el quinto año de convivencia, restituyó a los niños al Hogar. Durante un tiempo se mantuvieron en contacto con Esteban, pero el vínculo se debilitó con el paso del tiempo, aunque no se disolvió por completo. Juan lo espera; Esteban cada vez va menos.

3. Los primeros encuentros

Juan dice que él no quiere venir al tratamiento, viene obligado y no sabe por qué lo traen. Sus ojos grandes y oscuros transmiten una mirada triste. Parecería que no hay nada que lo motive, que lo mueva. Está y no está.

Camina casi arrastrándose, silenciosamente, por el pasillo que separa la puerta de calle del consultorio en el cual lo atiende. Su cuerpo se desploma sobre la silla como quien deja caer un objeto inanimado al suelo. Se encoge de hombros, cruza los brazos. No me mira, tampoco me responde. Hago intentos fallidos por entablar un diálogo acerca de cosas simples, cotidianas; su única respuesta a todas las preguntas es “No sé”.

Para la primera sesión, sobre la mesa, a un costado, yo había dejado algunos juegos de mesa, un mazo de cartas, y una caja pequeña con algunos marcadores, lápices y hojas. Veo que los mira, le pregunto si quiere tomar algo de allí. Toma un juego de damas. El juego transcurre en silencio, es hábil en sus jugadas. Las veces que intento entablar un diálogo, me detiene diciendo “No quiero hablar”. Pasamos muchas sesiones jugando solamente a este juego, en un silencio profundo, un silencio que no es el mero intervalo entre palabras, un silencio muy prolongado que no se sabe cuándo acabará. Un silencio que me cuesta describir.

El consultorio en el que atendía a Juan era el más pequeño de toda la institución. Sin embargo yo lo sentía grande, frío. Siempre que atendía a Juan sentía frío.

Las pocas veces que él hablaba lo hacía en términos un tanto agresivos, pero sus palabras no me dolían tanto como su silencio. Esa mirada vacía... ¿o llena?... de tristezas, de preguntas sin respuestas...

4. Casi un año de juego de damas... hasta que algo pasó

Semana a semana se repetía la escena. Antes de que Juan llegase empezaba a sentirme rara. Me invadía una sensación

extraña, algo parecido a un nudo en el estómago. Una sensación difícil de describir. No sabía si quería que el timbre sonase en el horario que debía sonar. Si sonaba, sabía que me esperaba cincuenta minutos de tensión. (¡Me resultaba tan difícil trabajar sin saber qué hacía, si iba bien o mal, si lo ayudaba o no!). Pero si el timbre no sonaba y Juan no llegaba, tampoco sentía ningún alivio.

Así pasaron unos cuantos meses, casi un año, en que solo jugamos a las damas en silencio. Un día, mientras jugábamos, me detuve a pensar mi jugada; habría pasado un minuto durante el cual, mirando el tablero, me quedé en silencio, pensando. Juan me interrumpió preguntando: “¿Tanto te cuesta? ¿Mucho más vas a pensar?”. Aproveché la oportunidad para decirle que lo que me costaba era entenderlo, y que pensaba mucho en cómo poder ayudarlo. En ese momento abandonó el juego.

A partir de allí comenzó algo que podría llamar un segundo momento del tratamiento, ya que luego de esta intervención Juan cambió el juego de damas por las cartas. A las damas ganaba él, a las cartas con más frecuencia ganaba yo. No le gustaba perder, cuando veía que estaba perdiendo prefería abandonar el juego sin intentar revertir el resultado.

Una de las veces en que la fortuna estuvo de mi lado, tomó el papel en el que anotábamos los puntos y escribió en letras grandes “Lost”³; luego hizo un bollo con él y lo tiró en el basurero del consultorio.

³ Considerando que nos encontrábamos desarrollando un juego, quizás la palabra más adecuada hubiese sido “game over”, cuya traducción es “fin del juego”, en lugar de “Lost” (perdido, extraviado). Nuestro espíritu de psicoanalistas nos lleva a reparar en esta diferencia entendiendo que no se trata de una sutileza. Más aún si consideramos que con una base rudimentaria de

El tiempo fue pasando y nos acercábamos a fin de año. Nada había cambiado demasiado: Juan, desanimado; yo, desorientada, aunque un poco más acostumbrada a la angustia de no saber qué hacer.

Algunos desencuentros entre referentes y coordinadores del Hogar hicieron que llegasen las vacaciones sin que pudiéramos despedirnos. Para esa fecha, Buenos Aires se vestía de fiesta, se acercaban Navidad y Año Nuevo. Yo iba a viajar para festejar con mi familia. Me pregunté una y mil veces cómo se vivirían las fiestas en un Hogar. Pensaba mucho en Juan; su imagen venía a mi cabeza como una idea recurrente de la que no me podía desligar con facilidad. No me gustó que el tratamiento se cortase sin ni siquiera despedirnos, sentí la necesidad de llamarlo y así lo hice. Aproveché el llamado para manifestarle que las autoridades del Hogar habían decidido que durante el receso escolar los pacientes suspendieran también los tratamientos psicológicos, pero que los reanudaríamos en el mes de marzo. Me despedí deseándole felices vacaciones y felices fiestas.

5. El ideal de ser una buena psicoanalista

Juan fue uno de mis primeros pacientes. Cuando él empezó, yo ya participaba de un grupo de supervisión, esas horas que los psicoanalistas dedicamos a hablar con colegas más experimentados para que nos ayuden a entender.

Su llegada significó que era mi momento de poner a rodar

inglés, podemos haber visto las aplicaciones que se les dan a ambas palabras, ya sea por haber jugado a cualquier juego electrónico o por haber entrado en contacto con la famosa serie americana “Lost”.

todo aquello que venía estudiando. Las primeras experiencias del otro lado del escritorio, las primeras supervisiones con pacientes míos. Todo “a estrenar”. ¡Cuánta ansiedad!

Imaginé que la fórmula para no equivocarme en esta, mi nueva tarea, sería registrar con sumo cuidado y el mayor detalle posible lo que Juan hiciese o dijese, la secuencia de juego, sus gestos y todo aquello que me sirviese de material a la hora de supervisar. Así fue que me dispuse con lápiz y papel en mano y los sentidos bien atentos para que no se me escapase ningún detalle. Pero, al cabo de la primera sesión, el papel que debía llenarse de los relatos del paciente, de los detalles del juego, estaba tan limpio (en blanco) como al principio.

Pasaban las sesiones y se sucedían las supervisiones. Por suerte en este camino no iba sola, tenía un grupo que me acompañaba en la aventura. Ellos sí tenían pacientes que “decían cosas”, “que hacían cosas”, que jugaban a distintas cosas. En cambio, el mío no decía nada, o decía que no tenía nada qué decir.

Así fue como en un comienzo, cada vez que llegaba mi turno de supervisión optaba por supervisar... mi labor con otra paciente. Una que sí hacía cosas, que dibujaba, que en una misma sesión jugaba a distintos juegos, que hablaba; en definitiva, una que me permitía llevar “material”.

A veces los psicoanalistas en formación nos encontramos con situaciones impensadas. No sólo nos damos cuenta de que trabajar con pacientes no es sencillo sino de que en cada paso que damos tenemos algo nuevo que aprender. En mi caso, tuve que aprender también a ser supervisada. Tardé en advertir que, por querer ser una buena supervisada, no me permitía hacer las preguntas cuyas respuestas me eran más necesarias.

Por suerte no estamos solos. Los espacios de supervi-

sión, el intercambio con colegas, el análisis personal, ¡cuánto aportan a nuestro trabajo con el paciente!

6. Segundo año de tratamiento

Pasó el verano. Comenzaron las clases y los pacientes del Hogar retomaron los tratamientos. Juan retomó el suyo como los demás.

Para su regreso pudimos cambiar a un consultorio un poco más amplio y con diván. Juan seguía viniendo desmotivado. Yo lo recibía, le abría la puerta de calle para que entrase, y él, sin saludarme, caminaba por el pasillo delante de mí hasta la puerta del departamento, que yo solía dejar entreabierta. Ingresaba al departamento y al consultorio mientras yo cerraba con llave la puerta del edificio y lo seguía. Varias veces llegué al consultorio y lo encontré acostado en el diván. Le conté que en lugar de sentarse en la silla, algunos pacientes se recuestan en el diván y lo hacen desde ese lugar, en una posición más cómoda, que les permite hablar de cosas que no se animan a contar cara a cara. Me ubiqué en mi silla detrás de él y casi como un juego lo invité a que dijese lo que quisiera. Respondió cortante: “Yo voy a dormir”. Le contesté que si quería dormir, lo esperaba.

Permaneció un par de minutos de costado, casi en posición fetal, con los brazos cruzados. Luego se levantó y propuso jugar a las cartas. El juego transcurrió en silencio. Esta escena se repitió durante varias sesiones.

Ya había pasado un año y medio y yo seguía sin entender qué sucedía ¿Por qué no decía nada? Todavía no me acostumbraba a esta sensación de vacío que me abrumaba cada vez que estaba frente a Juan. Seguía sintiendo frío, esa situación me dejaba congelada. Era consciente de que no podía pensar,

o, mejor dicho, de que pensaba tantas cosas juntas que era como si no pensase ninguna.

Si hablo –me decía a mí misma–, digo lo que yo pienso; lleno su espacio con representaciones que me son propias, y lo importante es que surja algo de él. Entonces, mejor me callo y espero que diga algo. Pero como no decía nada, se activaba nuevamente en mí el círculo vicioso desencadenado por la ansiedad de no soportar el silencio, y nuevamente volvía a rellenar ese espacio con una palabra por completo vacía.

Creo que fue así, abrumada por esa situación, como llegué a sugerirle que, si él no quería continuar el tratamiento, que hablase con los responsables del Hogar. Llegué a decirle incluso que pensásemos en una derivación a un terapeuta varón con quien se sintiese a gusto. Dijo que iba a hablar con ellos, pero no lo hacía nunca.

Como seguía viniendo, me obligaba a preguntarme a qué venía, qué lo sostenía en el tratamiento. Pasé por diferentes sensaciones contratransferenciales –esas vivencias con las que los analistas respondemos a las transferencias que los pacientes realizan sobre nosotros–. Tuve sentimientos de los más variados. Iba de un extremo al otro. Me imaginé miles de cosas. Para que se den una idea, por momentos me sentía tan mal que imaginaba que él estaba allí porque era un sádico y disfrutaba de la angustia que me generaba esa situación de frustración. En cambio, cuando la angustia cedía y se hacía más tolerable, veía en él un alma lastimada que buscaba cobijo y no se animaba a confiar en nadie.

Después de comentar el tema con algunos compañeros, me decidí a hablar con el coordinador de Cpsea para decirle que yo pensaba que lo mejor era poner fin al tratamiento. Si Juan no lo hacía, lo iba a hacer yo.

Allí me llevé una enorme sorpresa. Yo no veía la hora de aliviarme, pero el coordinador no creyó necesario suspender el tratamiento. Al contrario, me alentó a esperar. Intentó mostrarme que no es imprescindible que un paciente hable para aportar material. Me contó una experiencia similar. Era también un adolescente y él, su analista, permanecía también en silencio, pensando en el paciente, en su vida, en lo que hacía, tratando de imaginar qué sentiría, de qué cosas hablaría si hablara, qué cosas serían importantes para él, cómo sería ese paciente en el resto de las horas de sus días.

Escuchar esto me tranquilizó bastante, aunque igualmente todavía no terminaba de entender qué pasaba, ni qué hacer.

7. El acertijo

Juan solía tomar papelitos de colores, de esos que tenemos sobre el escritorio para hacer notas breves, y anotaba los puntos de las partidas de cartas y con frecuencia hacía “caritas” compuestas por letras y signos; por ejemplo :) (:o , etc. Muchas veces quise incluir estos dibujos en la sesión comentándolos o intentando una interpretación que se frustraba antes de terminar de enunciarse. Un día de esos, Juan me pidió que adivinara una frase cifrada que había escrito con algunos símbolos, letras y pequeños dibujitos. Le comenté que no sabía lo que decía allí y le pedí que me ayudara. Arriesgué varias frases erradas hasta que terminó la sesión. Le propuse guardar el papel en la caja y seguir la vez siguiente, a lo que me respondió que lo tenía que resolver en mi casa.

La sesión siguiente no pidió las cartas para jugar sino que me preguntó directamente si había podido resolver el acertijo, a lo cual respondí que había estado pensando y que creía que en la primera línea decía “Cami”. Se sorprendió y me quitó

el papel de las manos. Agregué que si efectivamente decía “Cami”, la frase entera podía ser: “Cami, te amo”. Molesto rompió el papel y lo tiró en el cesto.

Me pregunto si hice bien o mal en adivinar la frase. No me volvió a mirar a la cara en lo que quedaba de la sesión, tampoco quiso jugar a nada. ¿Estaría avergonzado? No sé si lo importante fue que adiviné la frase, lo que sé es que algo cambió.

¿Quién piensa en Juan? De mamá y papá no se sabe nada. Era tan chiquito cuando los separaron... Esteban ya casi no pasa por el Hogar a verlo, aunque Juan siempre lo espera. La celadora del Hogar, Viviana, es la que más cerca está de Juan. Lo recibió en el Hogar la primera vez que entró, cuando era un bebé, pero ahora viven muchos chicos allí, hay nuevos bebés que necesitan mucha atención. Viviana tiene que cuidar a todos, grandes y chicos. ¿Cuando Juan no esté, seguirá pensando en él?

Resolví el acertijo fuera de sesión. Tal vez Juan interpretara esto como una prueba de que lo tenía presente, y se sorprendió al descubrirlo. Lo llevo en mis pensamientos más allá de la hora que le dedico semanalmente.

A la sesión siguiente todo volvió a ser como hasta antes del acertijo, nuevamente la escena de las cartas, nuevamente el silencio.

8. Un día no vino más...

Faltó un día, faltó dos y no vino más. Yo no insistí enseguida por teléfono. Esperé que él tomara la decisión de no venir, pero nuevamente no nos despedimos. Parecía que se iba de a poco, como probando si se podía ir. Finalmente hablamos por teléfono y acordamos que se tomaría unas “vacaciones” y que

podía retomar cuando quisiese. De vez en cuando yo lo llamaba, pero no para decirle que retomase, sino simplemente para preguntar cómo estaba. Quería que él supiese que tenía su lugar, en el consultorio y en mí.

Nueve meses estuvo sin venir. Por mi contacto con el Hogar, supe que en ese tiempo pasaron un montón de cosas. Juan se puso en marcha para encontrar a sus papás y los encontró. Ambos estaban en libertad y viajaron a Ecuador. Se habían separado y cada uno rehízo su vida con otras parejas, tuvieron más hijos. Juan habló por teléfono con ellos. El padre vino a la Argentina y se reencontró con Juan y sus hermanos. Regresó a Ecuador, pero quedaron en contacto. Quien facilitó el encuentro fue un hermano del papá que también sigue en comunicación con ellos.

¡Qué difícil habrá sido todo esto para Juan! Sus hermanos no querían saber nada con sus padres. Imagino que guardarán rencor por todo lo pasado, pero Juan insistió en buscar y encontrar a su padre y lo consiguió. Algo de su historia comenzó a ser sentida y vivida por él. Hubo muchas cosas que se callaron. Pienso que algunas no se sabían y otras se ocultaron en el afán de evitar dolor, como si no saber nos hiciese menos víctimas de nuestra historia, como si la historia no tuviese efecto sobre nosotros aun cuando no la conociéramos.

Ahora hay una mamá y un papá en algún lugar, al menos vivos; hay más hermanos, hay tíos y cada tanto Juan recibe un dinero con el que se puede dar algún gusto.

Pidió volver a tratamiento. Cuando las profesionales del Hogar escucharon su solicitud le ofrecieron cambiar de terapeuta, a un varón. Él pidió por mí: “Con María Emilia está bien”, contestó.

9. Y un día volvió...

El primer día lo trajo una colaboradora del Hogar. Física-mente estaba igual, pero había crecido por dentro.

Ya en el consultorio, sentados frente a frente, me quedé callada, pasaron unos segundos en silencio, lo miré y le sonreí. Me ponía contenta que él estuviera allí. Me devolvió la mirada y la sonrisa. Me parece que ahí me tranquilicé un poco. Para mí era un reencuentro importante.

-Nueve meses pasaron que no nos vemos, ¿no? -

-¿Nueve meses? No me acuerdo -comentó.

-En estos nueve meses deben haber pasado muchas cosas - agregué.

-¿Qué hiciste vos? -me preguntó.

-¿Vos? -pregunté yo.

-Yo te pregunté primero.

Sentí que tenía que contestarle, y le respondí que seguí trabajando en Cpsea, que muchas veces pensé en cómo estaría él, que lo llamé un par de veces y otras aproveché que debía ir al Hogar por otros pacientes y pregunté por él.

-¿Pero todo el tiempo trabajaste? ¿No tuviste vacaciones?

-Todavía no me tomé vacaciones, ¿y vos, te fuiste de vacaciones?

Me contó que él estuvo de vacaciones en la costa con sus nuevos familiares. Le pregunté más sobre eso y me contó que encontró a sus papás y a un tío. No inquirí nada más, sólo lo miré con atención y lo escuché.

Lo dejé que contara lo que quisiera, no lo llevé hacia ningún tema en particular, sólo repregunté sobre el material que él traía.

Antes de que se nos terminara el tiempo de esta primera sesión le propuse que arreglemos los horarios, le ofrecí los que tenía disponibles y le sugerí que buscáramos uno en el que pudiera venir solo, sin que lo traigan. Habitualmente a los pacientes que atendemos del Hogar los traen en algún medio de transporte, o los mandan con algún colaborador, y los horarios de las sesiones se acuerdan con los coordinadores del Hogar. Me pareció que ahora Juan ya estaba en condiciones de responsabilizarse de su propio tratamiento. Acordamos el horario, y empezó a venir solo.

Ahora se lo ve diferente, cuenta muchas cosas, y hasta se le dibuja una sonrisa cuando toca algunos temas. Tiene secretos. Algunos me los cuenta, otros se los reserva. Seguimos jugando a las cartas. El tiempo se nos pasa rápido. Yo me siento a gusto. A él también se lo ve bien. Se ríe. Me pregunta mucho por mi trabajo. Piensa en su futuro, qué le gustaría hacer, qué quiere estudiar, cómo se imagina a sí mismo.

Diez minutos antes de su horario ya está sentado junto a la puerta esperando para entrar, aunque cada sesión, cuando lo despido recordándole que lo espero la próxima vez, me responde que no sabe si vendrá...

10. ¿Cómo comprender el silencio de Juan?

Tuvieron que pasar casi tres años para que me animase a ensayar una respuesta a esta pregunta. Juan fue uno de mis primeros pacientes. Antes de recibir a Juan tuve una primera experiencia como terapeuta que duró poquito tiempo, uno o dos meses como máximo. Luego llegó Juan, y al mismo tiempo tomé en tratamiento a una niña del mismo Hogar en el que vivía él.

Particularmente el primer año de tratamiento fue el más difícil para mí. Yo traía arraigada en mi interior una concepción muy fuerte según la cual la palabra ocupaba el centro de la escena psicoanalítica. No cabía en mí la posibilidad de imaginar que el paciente lograra una elaboración de sus conflictos sin que mediara la palabra; no solo la palabra del analista que le ofreciera la interpretación, sino también la del paciente, que aportaría el material también en palabras. Esto hizo que los primeros momentos del tratamiento se tornasen tan complicados. Me preguntaba: Si un paciente no habla, ¿aporta "material"? Tuve que aprender a comprender su silencio, a darle un sentido.

El silencio de un paciente, el hecho de que no quiera hablar, parece antes que nada la manifestación de una transferencia negativa, basada en sus experiencias infantiles y que lo llevan ahora a expresar distancia, negatividad, desconfianza; quizás pueda entenderse como la traducción de "no quiero comunicar nada". Sin embargo, el silencio de Juan expresa distancia, pero no distanciamiento. Es un silencio diferente al que se daría en una relación en la que antes había un diálogo y ahora hay silencio, en ese sentido es un silencio estático. Juan se mantuvo lejos desde un principio, no se alejó repentinamente. Su carta de presentación fue el silencio.

Hoy puedo pensar que ese silencio comunicaba algo, pero, ¿qué comunicaba?

¿Comunicaba que quería irse? ¿Que tenía miedo de mostrarse, de confiar? ¿Se ocultaría a sí mismo detrás del silencio? ¿O se mostraría, silente, vacío? ¿Sería su silencio una muestra de espera?

Quizás todas estas preguntas merezcan una respuesta positiva, pero me gustaría detenerme en el silencio como es-

pera. A mi entender, con su silencio Juan me indica que espera. Imagino que él quería confiar en mí, quería que lo acompañase, que lo cuidase, pero probablemente no sentía seguridad de que eso que yo le ofrecía fuese genuino, duradero. A Juan ya le habían ofrecido “todo”, le habían dado “todo”, y luego se quedó sin nada. Era pequeñito cuando se encontró de repente solo, desamparado, sin familia, sin hogar. Luego llegaría Esteban, que parecía salvarlos, a él y a sus hermanos, garantizándoles techo, bienestar, cuidado. Pero no duró lo que Juan hubiese querido que durase, y vuelta otra vez al Hogar, a ser uno más entre tantos. Quizás sea por esto que Juan no confía fácilmente en mí, y espera que le ofrezca las pruebas suficientes de que las condiciones están dadas para confiar un poco, en mí y en el espacio que le ofrezco.

Es probable que el silencio como una actitud de espera no haya ocurrido porque sí. Juan debe de haber pesquisado algún indicio de que podía confiar, de que realmente yo estaba dispuesta a escucharlo, a darle su lugar; no obstante, mi buena disposición no era suficiente prueba de todo eso. Como sucede con aquel que ha sido lastimado, para volver a tener esperanza y confianza Juan necesitaba comprobar que pisaba terreno firme.

II. ¿Cómo explicar el silencio del analista?

Revisemos la postura de dos autores en relación con el silencio del analista.

Theodor Reik⁴ –psicoanalista austríaco discípulo de

⁴T. Reik, “La significación psicológica del silencio”, *Revista de Psicoanálisis*, Vol. 2, Buenos Aires, 1946, pág. 661.

Freud— postula que, en un primer momento del tratamiento, el silencio del analista tiene un efecto benéfico, tranquilizador para el paciente, le infunde confianza en él y lo invita a hablar.

Cuando aparecen los primeros silencios, Reik los considera resistencias superficiales. El paciente intenta callar lo reprimido y llena el espacio con un murmullo que no dice nada. Analista y analizado callan. Este último se incomoda. El fragmento reprimido, la escena que quisiera alejar de sí, de sus pensamientos, quiere irrumpir poniendo fin al silencio. El analista sigue callando y ese silencio fuerza la *confesión* por parte del paciente, quien se siente perseguido y obligado a hablar.

Heinrich Racker⁵ revisa las ideas de Reik y toma la posición opuesta. Argumenta que para el psicoanálisis la cura no pasa por la confesión sino por el hacer consciente lo inconsciente, y para ello —dice— es necesario hacer uso de la interpretación. Cuando el paciente hace consciente lo inconsciente, podría decirse que en cierto sentido está confesándose, pero el valor no radica en la confesión, sino en el levantamiento de las resistencias a través del conocimiento. Para Racker la técnica de Reik es coercitiva.

Así, siguiendo a Racker, si consideramos el silencio en oposición a la interpretación, concluimos que el silencio es una “actuación”, que nos valemos de él con la intención de expresar otra cosa, por ejemplo para mostrar desinterés, enojo o venganza, y eso es contrario a la actitud y a la técnica psicoanalíticas. Muchas veces, movidos por la angustia que nos despiertan ciertas escenas, hacemos una puesta en acto de

⁵ Racker fue un psicoanalista argentino (aunque nacido en Polonia). Murió muy joven, pero su libro *Estudios sobre técnica psicoanalítica* (Paidós, Buenos Aires, 1960) dejó una profunda huella. El tema que citamos se encuentra en la pág. 60.

esa angustia al quedarnos callados. En esos casos, el silencio deviene actuación.

Volvamos ahora a Juan. ¿Qué debería haber hecho yo como analista? ¿Y qué hice efectivamente?

En los primeros tiempos del tratamiento me esforcé por intervenir con frases que se frustraban antes de terminar de enunciarse. Hacía preguntas, le expresaba en voz alta lo que pensaba, lo que me imaginaba que le estaría pasando. Le hablaba, aun sabiendo que no me respondería. Cuanto más hablaba yo, más se retraía Juan.

Embarcada en la angustia contratransferencial que me generaba no registrar en él ningún indicio acerca de si iba bien o mal orientada, insistí en hablar, en poner palabras que le hiciesen tope al silencio, que lo acotasen, que lo debilitasen; pero Juan persistía en su actitud silente, incluso parecía sostenerse en ella con más firmeza, con más convicción, tanto que se hizo evidente que su silencio era la señal misma de que yo no estaba entendiendo qué era lo que sucedía.

Hoy me pregunto si Juan permanecía en silencio para decirme que me estaba equivocando, y creo que en parte fue así. Su silencio no callaba, era un silencio que decía, que convocaba mi propio silencio. Me pedía que esperase.

Paulatinamente mis intervenciones fueron decreciendo y adopté una actitud de recogimiento, empecé a callarme y a esperar. Así fui sintiéndome más a gusto. El silencio ya no me incomodaba tanto. El nivel de angustia se volvía más tolerable, me permitía pensar. Había sesiones en las que no emitíamos ni una sola palabra.

Entonces, ¿podemos entender mi silencio —el silencio de cuando aprendía a hacer silencio— como el que describía Reik en su artículo?

A primera vista podríamos pensar que no fue así, pues yo permanecía en silencio y Juan no hablaba. Pero cabe suponer que al estar en silencio estimulé que él hablase a su manera, y quizás su manera tenía que ver con estar callado.

Repasando lo que Reik propone, podríamos decir que el autor considera dos modos diferentes del silencio del analista, que conllevan dos sentimientos distintos en el paciente. El primero se trata de un silencio receptivo, acogedor. Es sentido por el paciente como muestra de afecto y es en respuesta a ese afecto que el paciente habla. Al segundo modo de silencio el paciente lo siente displacentero y, sin más escapatoria, confiesa lo que quería callar.

De ningún modo pienso que mi silencio haya forzado confesiones de parte de Juan; imagino más bien que fue más parecido al primer silencio que describe Reik. Un silencio acogedor, que daba pruebas de que yo podía esperar y que quería hacerlo. Nada nos apuraba. Las cosas se harían a su tiempo, al tiempo de Juan, al tiempo que Juan sintiese que valía la pena hablar.

Permitámonos pensar qué habría dicho Racker de mi silencio. Tal vez que mi hablar era una actuación porque yo no soportaba la angustia del silencio, y hubiese entendido mi callar como una manera de mostrar mi comprensión, como de hecho lo fue.

Probablemente Juan se haya sentido más comprendido con mi silencio que con mis palabras. Lejos de forzarlo a hablar, mi silencio fue un modo de contenerlo, la muestra de que quería y podía entenderlo, de que estaba dispuesta a esperar.

Me animaría incluso a pensar que la palabra asumía para Juan un tinte más persecutorio que el silencio, se tornaba más coercitiva. La palabra parecía violentarlo; el silencio, acunarlo.

12.A modo de conclusión

No tengo certeza alguna de qué fue lo que sucedió en el tratamiento. Algunos podrían pensar que los dos años que pasamos en silencio fueron la “preparación para...”, y otros que el silencio mismo fue la “elaboración de...”.

Aquellos que ponen la palabra en el centro de la escena analítica entenderán que lo ocurrido fue una preparación para el momento en que Juan pudiera empezar a decir algo, el momento en que Juan se prestara a la palabra.

Al intentar ilustrar lo que quiero transmitirles viene a mi mente la imagen de un dentista que trabaja con un niño y lo tiene que convencer de que abra la boca para poder trabajar. Esta tarea puede tomarle unos cuantos minutos, horas quizás, hasta que lo consigue, y el pequeño abre la boca.

Como observadores de esta escena, ¿diríamos que mientras trata de convencer al niño, el dentista hace su trabajo? Creo que coincidiríamos en que, si bien en ese lapso no le está arreglando la muela, sin ese trabajo preparatorio no hay arreglo posible. En este sentido, podemos entender aquellos dos años de silencio como una preparación para el trabajo específico.⁶

⁶ Algo similar muestra Freud en las notas previas del historial del Hombre de los Lobos, donde comenta que fue necesaria una prolongada educación para mover al paciente a participar de manera autónoma en el trabajo analítico. Según cuenta Freud, ante la falta de compromiso por parte del paciente, se vio forzado a fijar una fecha de finalización del tratamiento, lo cual tuvo como consecuencia inmediata que el paciente brindara, en un lapso incomparablemente breve, todo el material que posibilitó la cancelación de los síntomas. Ver S. Freud (1918 [1914]), *De la historia de una neurosis infantil*, en *Obras completas*, tomo VII, Amorrortu, Buenos Aires, 2003.

Otra manera de pensar y explicar lo sucedido sería decir que el tiempo transcurrido en silencio no fue solo la preparación para “algo”, sino que fue “algo” en sí mismo.

Cada hora de trabajo, cada minuto transcurrido, cada expresión de mi cara, cada mirada, significaban para Juan mensajes a los que poco a poco les fue otorgando credibilidad. Él se daba cuenta de mis buenas intenciones: era yo quien no comprendía las suyas.

Tal vez alguien pueda decir que su preconsciente no creció, pero también se puede afirmar que su yo se tornó más fuerte, más capaz de contener, de ligar las emociones que tendían a inundarlo, a invadirlo.

Quizás en estos años tuvo una experiencia nueva, quizás por primera vez se haya encontrado con alguien que lo esperó, lo miró y pensó en él. Se mostraba tan frío, tan distante...Aprendí a mirarlo con ternura al tiempo que lo fui entendiendo.

Para finalizar, me gustaría tomar prestadas las palabras de Juana de Ibarbourou y traer una de sus poesías, “La higuera”, pues condensa en sus versos el sentido que tuvo para mí el trabajo con Juan. Así lo sentí, feo, gris y triste como la higuera, pero el trabajo me permitió rescatar en él lo bello que cada uno tiene dentro. Querría imaginar que algo de esto hizo nido en su alma.

*Porque es áspera y fea,
porque todas sus ramas son grises,
yo le tengo piedad a la higuera.*

*En mi quinta hay cien árboles bellos,
ciruelos redondos,
limoneros rectos
y naranjos de brotes lustrosos.*

*En las primaveras,
todos ellos se cubren de flores
en torno a la higuera.*

*Y la pobre parece tan triste
con sus gajos torcidos que nunca
de apretados capullos se viste...*

*Por eso,
cada vez que yo paso a su lado,
digo, procurando
hacer dulce y alegre mi acento:
«Es la higuera el más bello
de los árboles todos del huerto».*

*Si ella escucha,
si comprende el idioma en que hablo,
¡qué dulzura tan honda hará nido
en su alma sensible de árbol!*

*Y tal vez, a la noche,
cuando el viento abanique su copa,
embriagada de gozo le cuente:
¡Hoy a mí me dijeron hermosa! ⁷*

⁷ Puede encontrárselo en <http://www.los-poetas.com/j/juana1.htm#LA>
HIGUERA